

Prólogo

(Highlife, Leye Adenle)

Florentine no era su nombre real, tampoco Florentina, pero respondía a los dos. Cursaba el segundo año en comunicación social de la Unilag, y aunque sus padres no le pagaban ni matrícula ni manutención, seguían decepcionados por el insuficiente puntaje que no le había permitido ingresar en medicina, ingeniería o derecho.

Como durante el primer año de estudios le fue imposible pagarse alojamiento, a Florentine le tocó vivir con una tía, una pariente lejana que la puso a dormir en el piso del salón, al lado del chofer y la sirvienta. La tía le pagaba las tasas de matrícula y también le daba un extra para el transporte. En ese primer año Florentine perdió veinte kilos y fracasó en la mitad de las materias. Su tía dejó de pasarle plata cuando se mudó al campus de la facultad con una antigua amiga.

Es difícil creer que haya pobreza en Nigeria al ver a los estudiantes de la Unilag con sus celulares último modelo, sus joyas caras y autos tokunbo. La amiga de Florentine, por ejemplo, le compró pelo brasileño a otra estudiante que suele viajar a Dubai para proveerse de ropa, joyas y pelo humano que luego revende a sus compañeros. Cincuenta mil naira fue lo que su amiga pagó por ese pelo que terminaría desechando al cabo de una semana: ahora el cabello peruano virgen marcaba tendencia, y un postizo pasado de moda no era precisamente lo que deseaba. Se lo dio a Florentine. Cuando ella se lo puso, todo el mundo la halagó con que estaba más hermosa que la Miss Unilag del momento.

Florentine no se oponía a que sus amigas hicieran plata, pero nunca iba al club con ellas. Salían los viernes, sobre todo a uno de los clubes de expatriados en Victoria Island. Si no regresaban a la mañana siguiente se quedaban todo el fin de semana afuera. Reaparecían por la facultad el lunes temprano, a veces en autos lujosos manejados por choferes. Los lunes eran propicios para liquidar deudas, cargar celulares o enviar plata a la familia.

Pero a Florentine no la habían educado para vender su cuerpo. Cuando lo comentó, las chicas dejaron de invitarla a sus fiestas y clubs nocturnos.

Florentine sí tenía amigos que se ocupaban de ella. Uno era Nosa, su novio, banquero en la isla. Solían encontrarse en un hotel cerca de la facultad, donde pasaban todo el fin de semana juntos. Si no iban a casa de él, era por su esposa.

Otro de sus amigos, aun más protector con ella, era un tipo de bastante más edad. Un jefe: el Jefe Ojo, hombre de negocios muy conocido en Lagos. Más generoso que Nosa, invitaba a Florentine a

los mejores hoteles, donde ella podía quedarse el fin de semana, después de haber pasado juntos la noche del viernes. También estaba casado, pero al contrario de Nosa tenía edad como para ser su padre. Por esto Florentine nunca podría darle el lugar de pareja, incluso aunque él la llamara “mi mujercita” delante de sus amigos y le preguntara sin cesar si la engañaba.

Con estos dos acompañantes estables, más algún otro tipo que conocía a través de amigos, ella se permitía pagar las matrículas, comer tres veces al día y en poco tiempo iría a comprarse su propio pelo peruano. Hasta mejoraron sus notas. Y cuando no había ninguna esperanza de aprobar un examen, podía darse el lujo de pagar al profesor para que pasara por alto su inasistencia.

Para el ego es mucho más fácil recibir caridad cuando no la necesitás. No bien Florentine se hizo de un ingreso constante y apropiado volvió salir de noche con sus amigas. Ya no se preocupaba de aquellas miradas que la seguían y la juzgaban, ni de aquellas voces que a su paso murmuraban “prostituta”.

En uno de esos clubs conoció a un chico. Compartían más o menos la misma edad, pero su apariencia de estudiante universitario le restaba algunos años. Mientras los demás tipos, mayores y más ricos, invitaban con champagne, él se sentó con un grupo de chicas que le pagaron la bebida. El chico no dejaba de clavarle la mirada a Florentine, y cuando ella se levantó para ir a los baños, también él se levantó. Al salir, se lo encontró en la puerta. “Hola”, le dijo él y le entregó una tarjeta de visita como si fuera alguien importante. Florentine hubiera querido romper en pedazos la tarjeta y tirársela a la cara, pero él ya se había alejado y las chicas con las que estaba la miraban con rencor, o a lo mejor con envidia.

En la facultad, le mostró la tarjeta a su amiga. Florentine comprendió de inmediato que se había sacado la grande. El primer mensaje de texto que envió no obtuvo respuesta. Su llamado, directamente, fue rechazado. Envío tres más durante la semana. Dos semanas más tarde, cuando ella había desistido, fue él quien la llamó para invitarla a su casa en Victoria Garden City.

*